

LO NO MIRADO DE NUESTRA ACTUACIÓN EN LA INDEPENDENCIA

Pilar Ortiz de Zevallos*

Conmemorar acontecimientos históricos es reconocer su trascendencia. Los ideales y proyectos que les dieron origen constituyen una invitación a reflexionar sobre el significado que estos tienen en nuestro presente. El 2021, año donde conmemoraremos importantes efemérides que marcan el fin de nuestra etapa colonial, se enmarca en dos eventos de trascendencia: una crisis sanitaria, que ha puesto al descubierto la fragilidad de nuestro sistema de salud; y las elecciones gubernamentales, donde se presentan partidos que carecen de una representatividad, con liderazgos frágiles, y un electorado envuelto en una gran crisis social, económica y moral. En este contexto las preguntas sobre nuestra identidad se opacan ante las emergencias cotidianas.

El conjunto de acontecimientos conmemorados, relacionados a la gesta independentista, se pueden agrupar en dos etapas en función de los personajes que los lideraron: la sanmartiniana (1820-1822) y la bolivariana (1823-1825). Ambas tienen puntos en común y características propias que las diferencian.

En este artículo nos proponemos revisar las versiones históricas de algunos sucesos que se dieron en la etapa sanmartiniana. Abordaremos cómo la problemática de su registro se constituye como una suerte de síntoma que da cuenta de nuestra dificultad para construir una narrativa más integradora de nuestra identidad.

Analizaremos, en base a los textos históricos y con ayuda del instrumental psicoanalítico, la problemática que pudo haber estado presente en la recons-

* Bachiller en Historia, Psicóloga Clínica, Egresada de la Maestría de Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Psicoanalista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Editora del Sello Editorial Biblioteca Peruana de Psicoanálisis (SPP). Autora de diversos artículos sobre psicoanálisis e historia, coautora del libro *La Lima que encontró Pizarro* (2018). Ha sido encargada del Departamento de investigación del Museo Nacional de Historia; y Asistente de Investigación de la Doctora María Rostworowski.
<pilarozm@gmail.com>

trucción de ciertos acontecimientos. El relato histórico surge en el marco de las inquietudes y complejidades del presente. Pero, además, refleja la ideología y la subjetividad de quien escribe. Mirar o no mirar un hecho está vinculado a estas vicisitudes. Desde allí, la función que cumple el historiador en la construcción de la memoria colectiva resulta relevante y reveladora. Como dice Erickson (1979), el historiador establece con su objeto de estudio una relación contratransferencial: *Por otra parte, ni la mente mejor preparada para el estudio de la historia podría en principio introducirse en el proceso histórico sin subrayar y tachar, afirmar y negar, e incluso sin amar y odiar...* (p. 135).

Los peruanos hemos tenido dificultad en crear una narrativa integradora de nuestra gesta patriótica. La misma ha estado marcada por una visión centralista limeña, suscitando distancias innecesarias entre Lima y las diferentes regiones del país. Hecho que muchas veces ha profundizado los sentimientos de exclusión desde la perspectiva provinciana. Las historias locales son conocidas en el ámbito regional, pero “(...) se ha descuidado el análisis y sin querer se ha imposibilitado una mirada integradora del proceso de la independencia del Perú” (Hernández García, 2018, p.131). Amalgamar los complejos procesos de cambio que se dieron a lo largo de nuestro territorio es una tarea que la historiografía actual ha emprendido con vigor y entusiasmo, abriendo nuevos temas de investigación (Chust y Rosas, 2018).

Hasta la década de 1970 la historiografía daba una versión de la independencia como la culminación de un proceso de conciencia nacional, producto del mestizaje de la población peruana (Puente Candamo, 2013 [1992]). La independencia, desde esta perspectiva, se originaba principalmente por factores intrínsecos. Según esta narrativa, desde allí surgió el deseo común de independizarnos. Las causas externas, referidas a las propuestas del pensamiento ilustrado, los acontecimientos ocurridos en Francia en 1789 y la independencia de los Estados Unidos (1776), habrían tenido un menor nivel de influencia. Esta perspectiva histórica fue luego criticada aludiendo a su carácter ideológico (Bonilla y Spalding, 1972). Se afirmaba que era una mirada que buscaba presentar una sociedad homogénea y armónica para ocultar el conflicto de intereses entre los diferentes estamentos sociales.

Una versión opuesta, conocida como la tesis de “la independencia concedida” (Bonilla y Spalding, 1972) entendió la independencia como producto de los ejércitos libertadores del sur y del norte, venidos de afuera. Este ensayo tuvo el mérito de resaltar la influencia de Inglaterra y sus intereses económicos en América. Pero presentó falencias, al señalar la escasa participación de movimientos populares (indígena y campesino) y no hacer ninguna alusión al proceso independentista del espacio regional norteño, liderado por peruanos, que se dio entre 1820 y 1821.

En ambas perspectivas historiográficas, los factores subjetivos están presentes en la versión que se propone. En una, el cariz de la idealización del relato histórico se centra en héroes, en su mayoría extranjeros y militares. En la otra, el mecanismo de negación invisibiliza la actuación de los peruanos en el logro de la independencia norteña. Desde una metáfora que nos alcanza el psicoanálisis, se podría decir que, en ambos casos, no hemos podido reconocer nuestro propio rostro en el espejo de la historia.

No soslayo la dificultad de la tarea. Esta etapa histórica fue compartida con los ejércitos y ciudadanos de toda la América hispana meridional, grancolombianos, argentinos y chilenos. Las dimensiones continentales de la gesta independentista podrían haber dificultado el poder analizar con mayor nitidez nuestra actuación. Más aun, cuando esta participación surgió desde las fracturas socio económicas y culturales heredadas de la colonia.

La participación de los peruanos no fue uniforme, no hubo homogeneidad ni en los grupos criollos ni en los sectores populares. La colonia nos había dejado una sociedad fuertemente estratificada en base a criterios socioeconómicos, culturales y raciales. El haber sido el centro del poderío español, le dio a la campaña emancipadora del Perú una tensión y una complejidad más fuerte que en el resto del continente. Muchos peruanos enfrentaron un conflicto de lealtades, que no se vio en otros territorios hispanoamericanos. Civiles y militares que representaban hasta 1820 intereses realistas, optaron, luego de la llegada de San Martín, por el bando patriótico. El ejército realista, integrado en su mayoría por militares peruanos, empezó a sentir el llamado patriótico, iniciándose desertiones en favor del Ejército Libertador. Así sucedió con Ramón Castilla, Agustín Gamarra y Andrés de Santa Cruz entre otros militares. Del lado civil, hubo casos como el de Hipólito Unanue, quien fue representante del virrey Pezuela en las conversaciones de Miraflores para buscar un acuerdo pacífico con San Martín. Todos ellos, luego de ser declarada la independencia, tuvieron papeles importantes durante el Protectorado y en la república naciente.

La élite criolla se dividía entre los que defendían ideas liberales, para quienes la independencia traería un progreso económico y la ilustración; y los que temían que sus intereses se vieran menguados por la llegada de un nuevo régimen. Había que tomar partido por cualquiera de los dos bandos asumiendo los riesgos que eso implicaba. El espacio en donde ubicarse era incierto. La idiosincrasia de las clases medias y altas presentaba fuertes raíces hispanas debido a que el virreinato peruano había sido el centro del poder español en la América del Sur.

Diversos segmentos sociales se juntaron bajo diferentes liderazgos. El proceso en las regiones no fue homogéneo, unas tuvieron un talante más realista y otras abrazaron tempranamente la causa patriótica. En el plano personal, la opción de insurrección al régimen realista, implicaba confrontar una gama amplia de diversos afectos, prejuicios y creencias.

El historiador y estudioso del psicoanálisis Pierre Flottes (1971), nos propone el concepto que denomina *la idea* para explicar los movimientos sociales. Se trataría de "(...) *la expresión racionalizada por un grupo de tendencias colectivas que lo animan*" (p. 229). En el siglo XIX *la idea* de nacionalidad se constituyó en un deseo que impulsó cambios a niveles sociopolíticos y económicos en el mundo occidental. Sin embargo, dichos movimientos tuvieron matices importantes según los diversos intereses que los sustentaban. De acuerdo con el referido autor, los objetivos revolucionarios de una *idea* nueva al surgir de manera inesperada, propician el escenario perfecto para inquietar al super-yo, movilizar sus recursos o inhibirlos.

Pero la idea naciente puede encontrar un ambiente inesperado de fuerzas, como un río que crece en las afluentes, cuando en el grupo social existe un excedente de energía libidinosa cuya descarga va a permitir la nueva idea (p. 258).

Entre los afectos contenidos en esta fuerza libidinosa, Flottes señala: el deseo y la nostalgia. El deseo por un nuevo comienzo, y la nostalgia del objeto perdido. Esta *idea* adquiere características particulares y de mayor complejidad cuando se desarrolla en territorios coloniales, donde la población se independiza, con ambivalencia, de ese mundo que antes lo regía con avances y retrocesos. Tomará un proceso largo desprenderse de las necesidades de dependencia que se han creado durante el régimen colonial "(...) *todavía conserva el culto a las "relaciones sustitutivas"* (Flottes, 1971 p. 252).

Desde su llegada a Pisco, en setiembre de 1820, San Martín se centró en convocar a los peruanos y unir sus voluntades en el logro de la independencia. En una carta fechada en Huaura el 19 de enero de 1821, San Martín escribió: "*Pero mi alma no se satisfaría nunca con una victoria obtenida a costa del derramamiento de sangre americana; yo ambiciono un triunfo pacífico fruto de la irresistible necesidad...*" (Ortiz de Zevallos, 1963 p. 34). Su estrategia buscaba ganar el apoyo de la población, convencer e inclinar las voluntades hacia la causa patriótica, y así evitar una guerra. Poseedor de un espíritu idealista y negociador, orientó su táctica de persuasión para atraer el apoyo de los pobladores con la repartición de gacetas y folletos propagandísticos que se leían en calles y plazas de los diferentes pueblos y ciudades del territorio. Así mismo, una gran actividad conspirativa y de espionaje motivó la organización de movimientos libertarios (Lynch, 2009)

Dicha estrategia empezó a rendir sus frutos muy tempranamente y a generar expectativas en diferentes grupos de pobladores que, a medida que se difundían las ideas libertarias, fue acrecentando su apoyo. Setiembre de 1820 a julio de 1821 fueron meses estratégicos en la gesta. En ellos, los peruanos tuvimos una actuación indiscutible en nuestro proceso independentista, que no ha sido debidamente resaltado.

Este clima patriótico se vio reforzado por los éxitos de Álvarez de Arenales en la sierra central, conocida como “campaña de la sierra”. En ella, el Ejército Libertador recibió apoyo de los pobladores en los diferentes lugares por los que pasó. Se dio inicio a proclamaciones de la independencia en diferentes pueblos (Ica, Huamanga, Huancavelica, Huarney entre otros). Estos movimientos libertarios fueron apoyados por esclavos, campesinos que pasaron a formar parte del ejército, o que se organizaron en lo que fueron llamados “Movimientos guerrilleros”.

San Martín decidió instalar su base de operaciones en Huaura en noviembre de 1820. Su deseo de llevar a cabo su plan de cercar Lima y obligar al virrey a huir, para así poder tomar la capital, lo obligaba a contar con el apoyo de la población. El respaldo que el Ejército Libertador obtuvo del norte peruano fue esencial para tan importante logro.

Guayaquil había declarado su independencia, el 9 de octubre de 1820. A finales de ese año, San Martín inició una correspondencia con el Intendente de Trujillo, el peruano José Bernardo de Tagle y Portocarrero, para lograr su apoyo a la causa patriótica. El 29 de diciembre de ese año, Tagle con el apoyo de la élite criolla y parte de la población, declaró la independencia. La intendencia de Trujillo abarcaba el norte hasta Tumbes, y por el este hasta Cajamarca y parte de los territorios de Loreto y Amazonas. De esa manera, todo el norte peruano se constituyó en la primera región libre del gobierno español. Autonomía que mantuvo a partir de ese momento. En sus cartas posteriores a la declaración de la independencia de Lima, San Martín señalaba 1821 como el *Segundo de la Libertad del Perú*, en alusión a que el primero fue 1820, en el que se decretó la libertad de toda la región norteña.

El Ejército Libertador obtuvo del norte peruano una importante ayuda. Desde allí salieron hombres, víveres, animales y dinero para apoyar la causa patriótica. Fue por ello que parte de este territorio se hizo merecedor de ser llamado departamento de La Libertad, por una ley del congreso en 1825. Anciano en París, San Martín le comentó a Iturregui “*Si no se levanta Trujillo, hubiera tenido que reembarcarme a Chile, sin saber cuáles habrían sido las consecuencias para los patriotas*” (Escudero, 2020, p. 110). Sin embargo, gran parte de la historiografía tradicional no ha dado cuenta de la participación del norte en la lucha por nuestra independencia. Incluso, los textos escolares no dan cuenta de ella.

Mirarnos como actores de la gesta de nuestra propia independencia ha sido una tarea difícil. Hemos subrayado nuestra participación en diferentes sucesos históricos desde “La visión de los vencidos”. De esta manera, se ha alimentado un imaginario colectivo cargado de heridas narcisistas. Los historiadores Manuel Chust y Claudia Rosas (2018), cuando reflexionan sobre la forma en que los peruanos nos hemos colocado frente a nuestra participación en la gesta independentista, encuentran que:

Esta pesadumbre de “no contribuir” a los movimientos insurgentes, sino que todo lo contrario, ha pasado como una fatalidad histórica casi “vergonzante”... hasta nuestros días (...) En este contexto se ha registrado una cierta autominusvaloración de la propia historiografía peruana y peruanista sobre esta temática. (p. 13)

No poder reconocernos como actores exitosos del suceso nos ha impedido reconstruir una identidad colectiva que nos haga sentir autores de nuestro destino republicano. Negamos y depositamos el logro en el Otro.

Flottes (1971) reflexiona sobre la contribución de la dinámica inconsciente dentro de la complejidad que conlleva asumir la lucha por la patria:

...el mito de patria es un mito de convergencia. En su origen, procede de una fijación en la madre, a veces no edípica, tendencia normalmente censurada como desarmante, pero libre aquí de toda censura. La patria es madre, mujer o virgen (...) Junto al defensor, el hombre de ofensiva. Fuertemente reprimida en la vida civil, esta fuerza se lanza con tal violencia por ese único canal de escape, que nadie ha podido imponer límites o condiciones al deber patriótico. Tras el hijo, aparece una figura grande y terrible: la del padre guerrero, que ha entrenado al hijo, lo ha armado y se ha reencarnado en él. Así el gran rival, odiado en secreto y admirado en público, se hace presente en el hijo introyectado en él por el acto guerrero. (p. 238)

Esta versión que nos alcanza Flottes me permite elaborar varias interrogantes sobre nuestra identidad y sobre el imaginario colectivo desde donde actuamos. Me pregunto, en relación a nuestro proceso independista por el cual, de ser colonia de España pasamos a convertirnos en una república, ¿será que nuestras fracturas históricas ocurridas desde la llegada de los españoles en el siglo XVI, nos ha impedido identificar con claridad a ese padre guerrero desde el cual introyectar la fuerza libidinal para defender a la madre patria?, ¿Será que habrá un sentimiento de ambivalencia frente a esa “madre”, donde nuestro sentido de pertenencia no es tan claro? ¿Nuestra realidad multicultural y multiétnica nos coloca en una realidad familiar donde la figura de la madre o del padre no es muy clara?

Quisiera terminar con una reflexión sobre la tremenda crisis moral que vivimos. Desde hace algunas décadas nuestro país enfrenta una aguda corrupción. La “plata como cancha” ha alimentado el apetito de gran parte de peruanos en todos los sectores. Me pregunto si detrás de estos nefastos apetitos está la necesidad, mal procesada, de empobrecidos y carentes narcisismos. La angustia por no encontrar un valor propio origina un “como si” colectivo de consecuencias dramáticas. Como si estar repletos de “plata como cancha” compensara el vacío de un mayor respeto hacia nosotros mismos.

Referencias bibliográficas

- Bonilla, H., Spalding, K. (1972). La independencia en el Perú: las palabras y los hechos. En Contreras C. y Glave L.M. *La independencia en el Perú. ¿Concedida, conseguida, concebida?* (pp. 39-73). Lima: IEP, 2015.
- Chust, M., Rosas, C. (2018). Una independencia sin adjetivos. Un proceso histórico de guerra y revolución. En *El Perú en revolución. Independencia y guerra: un proceso, 1780-1826*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Erickson, E. (1978). *Historia personal y circunstancia histórica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Escudero, C. (2020). *José Bernardo de Tagle y Portocarrero. Apuntes biográficos*. Trujillo: Editora Gráfica Real SAC.
- Flottes, P. (1971). *El inconsciente en la historia*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Hernández García, E. (2018). Un espacio regional fragmentado: El proceso de independencia y el norte del virreinato del Perú, 1780-1824. En Chust M. y Rosas C. (Eds.) *El Perú en revolución. Independencia y guerra: Un proceso 1780-1826*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Ortiz de Zevallos, J. (1963). *Correspondencia de San Martín a Torre Tagle*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.
- Lynch, J. (2009). *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*. Barcelona: Crítica.
- Puente, J.A. de la (1992). *La independencia del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso, 2013.

Resumen

Se revisa diferentes versiones históricas de algunos sucesos que se dieron en Perú en 1820 relacionados a la gesta de la independencia, después de la llegada de San Martín. Se analiza, desde una mirada psicoanalítica, la narrativa de dichos acontecimientos desde la subjetividad de la labor historiográfica, y desde ahí, la construcción de un imaginario colectivo para identificar la actuación de los peruanos en la referida gesta. Se subraya cómo la actuación de peruanos en la etapa sanmartiniana no ha sido debidamente registrada.

Palabras claves: independencia, historiografía, patria, imaginario colectivo

Abstract

Different historical versions of some events that took place in Peru in 1820 after the arrival of San Martín, related to the independence, are reviewed. The narrative of such events are analyzed from a psychoanalytic viewpoint; from the subjectivity of the historiographic work, a collective imaginary is constructed to identify the actions of Peruvians during the Independence. It is highlighted how the acting of Peruvians in the Sanmartinian phase has not been properly registered.

Keywords: independence, historiography, country, collective imaginary